

Los debates que nos estamos perdiendo

Alejandro Delgadillo Ávila*



Antes que nada, quiero felicitar a la revista *Divergencia* por las 20 ediciones que ha publicado a lo largo de estos años. Me gustaría destacar el empeño, la dedicación y el sentido de responsabilidad de todos y cada uno de los miembros que han participado y la han llevado a lo que hoy en día es: un espacio para la opinión.

No me gustaría entrar a discutir en profundidad sobre alguna de las otras 19 ediciones o acerca del rol que alguna vez desempeñé en la revista. Quisiera enfocarme en un punto especial: el debate, que es el motor que ha impulsado a *Divergencia* en cada uno de sus números.

* Egresado de la Facultad de Economía de la Universidad Externado de Colombia. Miembro del Comité Editorial de la *Revista Divergencia* (2011-I; 2012-II). Candidato a magíster en Economía de la Universidad de los Andes. Correo-e: [ea.delgadillo10@uniandes.edu.co] Agradezco por los comentarios a Gabriel H. Angarita.

Michael Sandel, en una *TED talk* hizo mención a una frase: “Debemos redescubrir el arte perdido del debate democrático”, refiriéndose a la manera tan pobre y baja de argumentos que se encuentra en las discusiones de la actualidad en Estados Unidos, realidad no tan ajena de la colombiana. En nuestro país, hoy en día el debate está guiado principalmente por la insensatez, el amarillismo y el dogmatismo.

Qué difícil se torna el debate cuando 140 caracteres dan sentencia sobre los asuntos más sensibles del país, y se vuelve noticia lo que determinada persona dijo en Twitter sin ningún criterio de verificación o de verdad. Así, “los Jorge Enríques o los Álvares” determinan la dirección de la agenda mediática del país, en ocasiones llegando a lugares comunes, que ideológicamente son totalmente opuestos. O “los Gustavos”, que defienden a capa y espada una pobre gestión en sus despachos, rindiendo cuentas por este medio. Lo anterior, sin mencionar que todo se ha polarizado, y el matiz y los argumentos sopesados, hitos tan importantes para el avance de

una democracia tan precaria como la nuestra, son demolidos y derrotados por los fanáticos de ambos bandos. No decía en vano Norberto Bobbio que el mesurado es de por sí un perdedor. Ya los datos no hacen parte del debate; ante cualquier evidencia, el primero en salir a cuestionarlos es el dogmático, quien de forma apresurada desea borrar de tajo cualquier referencia y dudar de esta, dejando a un lado la honestidad por acomodar sus argumentos.

Pues bien, ante este panorama, es clave y bastante importante que una institución como *Divergencia* exista y que se haya consolidado como un instru-

mento que no renuncia a la sensatez de los argumentos, en un momento que resulta ser determinante para la generación de los próximos líderes del país y de la opinión pública. ¡Enhorabuena, *Divergencia*, mis más sinceros deseos de cara al futuro!

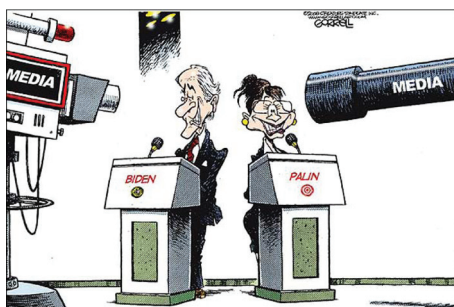


Imagen tomada de <http://goo.gl/cHKG9H>